

# Los dos jugadores

(Cuento sarcástico)

Desde el mismo instante en que sus codos se rozaron en el banco bipersonal del segundo curso de la escuela, Peñarrieta y Ovando se convirtieron en dos contrincantes empedernidos. No es que fueran enemigos natos o que se odiaran por alguna razón oculta. Era simplemente porque se sintieron semejantes y comúnmente atraídos, como dos gallos de pelea o dos púgiles, por la gloria ganada en una buena lid.

Hasta los profesores, abandonando su natural indiferencia y eterno cansancio, preguntaban a menudo por los detalles de la última proeza realizada por ese par de incontinentes discípulos. Y siempre recordaban aquella considerada por muchos como la más sangrienta de entre todas: Ovando había resultado ser el vencedor después de apurar un litro de tinta azul, sin separar el gollete de sus labios, sin derramar ni una gota y sin pestañear. En cambio Peñarrieta, a quien le había tocado beber de la botella de tinta roja, se atragantó con tal violencia, que tuvo que ser llevado a la Asistencia Pública, donde estuvo en un tris de sufrir una traqueotomía, pues allá pensaron que la enorme mancha roja en su guardapolvo blanco se debía a la explosión de uno de sus pulmones.

Los vimos crecer juntos, acudiendo primero a las endeble mesas de los p'ajpakus que en los mercados tientan a la suerte a cambio de una moneda, luego a las casetas de las ferias, donde el azar gira de una manera más sofisticada. Sin ser aún mayores tuvieron que pasear sus humanidades por algún club çrabe, o Turco, con sus ojos obnubilados por las fichas coloridas que representan, con mayor eficacia que las monedas de oro o los dólares, la riqueza de un rey Midas pronta a ser repartida entre los más osados y perseverantes adoradores de la diosa Fortuna.

Como dos proteínas oligoméricas que se asocian espontáneamente (véase Jacques Monod: "Le hasard et la nécessité"), el uno necesitaba del otro para poder percibir la otra mitad de la información que flotaba en el medio. Decididamente, después del encuentro casual, había surgido la imperiosa necesidad de mantenerse juntos alimentando en forma simultánea la emulación y el desafío.

Desde luego, ambos estudiaron Ciencias Económicas, por eso de la probabilidad, las hipótesis estadísticas, la quiebra inexplicable de bancos y financieras, las cadenas de Márkov. Y obtuvieron las mejores calificaciones y las menciones honrosas anuales, porque siempre estuvieron compitiendo como dos caballos de carrera.

Cuando se les ocurrió casarse, se enamoraron, como es de suponer, de la misma muchacha: una rubia que a la postre resultó ser una morena muy bien teñida. Me nombraron, como ya era costumbre inalterable e irrenun-

ciable, árbitro de la nueva competencia. Y tuve que ser testigo imparcial de dos cortejos simultáneos que llevaban consigo todos los requiebros, regalos y trucos del caso, pues bien sabido es que en eso de la guerra y el amor... Lo sorprendente en esta guerra es que cuando llegó el momento de la definición, la muchacha me eligió a mí. Con esto perdí en los dos frentes, pues Peñarrieta y Ovando me acusaron de haber jugado sucio y me retiraron su confianza casi hasta el final de sus días.

No por eso ellos dejaron de seguir gambeteando con la suerte. Simplemente se hicie-



ron misóginos, aduciendo el hecho de que las mujeres, sin saber respetar las reglas del juego ni a los contrincantes, son más volubles que la misma diosa Fortuna. Se concentraron más en el lado tentador de esta última, y en poco tiempo adquirieron riquezas nada despreciables.

Ya en el ocaso de sus vidas, quizá viendo con más claridad la llegada de un final y considerando que el tiempo nivela todas las diferencias, estos dos jugadores me volvieron a sonreír y me designaron de nuevo, como ya dejé entrever líneas más arriba, árbitro de

una competencia con ribetes funerarios. Los dos se meterían en sendos ataúdes, provistos de tapas con tornillos, orificios para la ventilación y de termos desde los cuales podrían sorber agua de canela. Además cada féretro tenía un interruptor eléctrico con el cual se podía anunciar sonoramente el límite de la capacidad para soportar el oscuro y lúgubre encierro.

El primero en utilizar el interruptor y en reunirse conmigo después de abandonar su ataúd fue Peñarrieta. Al cabo de una semana de paseos incansables y parsimoniosos entre el comedor y la improvisada sala mortuoria, nos dimos cuenta que ya no tenía sentido seguir esperando el campanillazo del vencedor, puesto que ya había un perdedor. Entonces, y sólo entonces, destornillamos la tapa del ataúd de Ovando y lo encontramos duro y frío como un cadáver. El médico confirmaría más tarde que, efectivamente, Ovando había muerto hacía cinco días a causa de un ataque cardíaco.

Desde entonces, Peñarrieta se sintió atolondrado y falto de valor para continuar bregando. Era como un polo sur, sin su polo norte, era como un ánodo sin su cátodo. Era, en resumen, un alma solitaria que deambulaba cual un fantasma en su viejo caserón.

Hasta que un día de esos, animado quizá por el maravilloso impulso vital que tiene el hombre en lo más profundo de su ser, decidió continuar con los desafíos. Pero como su eterno contrincante había desaparecido sin despedirse siquiera, escogió a su propia imagen reflejada en el espejo. Con ella, la única que podía medirse de igual a igual según su opinión, decidió jugar a la elegante e implacable ruleta rusa.

Después de cada intento Peñarrieta cambiaba el revólver de mano, para que ninguno tuviera la desventaja de usar la siniestra, y tenía también la osadía de dirigir agudezas a su contrincante.

Al quinto gatillazo volaron los sesos de su imagen. En el momento en que el percutor hacía impacto con el cartucho, Peñarrieta tuvo tiempo para mostrar su satisfacción con una sonrisa, pues supo sin lugar a dudas que él había ganado.

Y dejo constancia de los últimos particulares, pues yo también, con la obsequiosidad que me caracteriza, fui el árbitro de este singular duelo.

**Hugo Murillo Bénich. Oruro - 1941.  
Ingeniero, narrador y pintor. Premio  
Cuento "Presencia".**